LOS CÁNTABROS EN LA ANTIGÜEDAD: LA HISTORIA FRENTE EL MITO

**J.R. Aja Sánchez, M. Cisneros Cunchillos y
J.L. Ramírez Sádaba (coords.)**

Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria,
Santander, 2008, 313 pp. [ISBN: 978-84-8102-472-2]

El Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria publica este libro coordinado por J.R. Aja Sánchez, M. Cisneros Cunchillos y J.L. Ramírez Sádaba, sobre la historia de los cántabros, desde sus inicios históricos hasta el alto medievo. Cuenta con la participación de investigadores de la propia Universidad de Cantabria y de otras españolas, todos de reconocida valía y especialistas en las diferentes temáticas abordadas. La edición, como es habitual en las publicaciones de la UC, es muy cuidada, con un texto limpio –a lo que han ayudado los colaboradores con una redacción esmerada- y con un aparato gráfico oportuno y de calidad.

Tras una breve presentación a cargo del rector de la UC, el libro se abre con un prólogo a cargo de P. Le Roux (pp. 13-14). Tras señalar con justicia el buen hacer de los coordinadores, destaca la necesidad de los estudios regionales, el desarrollo experimentado en los últimos cincuenta años y su importancia con vista a la realización de grandes síntesis históricas. En este sentido la monografía es modélica, pues huye de visiones aislacionistas, de cierto ensimismamiento regionalista centrípeto, que, como indica el profesor Le Roux, busca la originalidad histórica a todo precio. Es más, podríamos decir que buena parte de la misma está destinada a acabar con cierta una mitología de lo cántabro, que si bien tiene una explicación historiográfica acaso también pudiera verse alentada por motivos menos razonables o justificables. El propio subtítulo de esta publicación, *La Historia frente al Mito*, da buena fe de ello.

Le sigue una introducción donde los coordinadores plantean las conclusiones obtenidas tras los diferentes trabajos (pp. 15-17), unas a modo de hipótesis y otras hechos ciertos a luz de la nueva documentación. Se trata de un esfuerzo de claridad y sistematización por parte de los coordinadores que hace innecesario el habitual capítulo de conclusiones, y que presidirá también el conjunto de los estudios aquí presentados. A este respecto, no está de más agradecer explícitamente la nitidez de las posiciones defendidas por los distintos colaboradores.

El capítulo inicial, de V. Carracedo Martín y J.C. García Cordon, está dedicado al territorio, al espacio geográfico (pp. 19-31). En él se realiza a modo de introducción un estudio sobre el paisaje cántabro y de las modificaciones que ha sufrido el territorio, fundamentalmente por la acción antrópica. Para la reconstrucción geográfica histórica se recurre a los análisis polínicos, que demuestran tanto el escalonamiento natural de los ambientes como

los distintos aprovechamientos de la naturaleza cántabra en la Antigüedad y Alta Edad Media, en relación con un patrón de asentamiento humano que –en general- evolucionó desde las alturas hasta cristalizar rápidamente en la ocupación de los valles.

Los coordinadores hacen un exhaustivo repaso por la historiografía cántabra en el segundo capítulo (pp. 33-48), no sólo con la intención de homenajear a quienes les han precedido, sino para señalar las grandes líneas de interpretación que ha presidido la investigación en el pasado (vasco-cantabrismo, vasco-iberismo, etc...). Como es de justicia, comienzan por la obra de J. González Echegaray, referente e hito bibliográfico ineludible de los estudios cántabros, pero también se ocupan de otros trabajos como los de Schulten, Tovar y Peralta. Sus posiciones historiográficas, hipótesis y conclusiones han marcado sin duda los estudios regionales. Posteriormente realizan un estudio historiográfico temático, distinguiendo la Edad del Hierro y sus yacimientos, las Guerras Cántabras, la Época romana ejemplarizada en *Iulobriga*, las aportaciones de la epigrafía y la numismática, la onomástica y la toponimia, y, finalmente, la Antigüedad tardía (si bien el estado actual de la investigación para esta última etapa se deja para los capítulos finales).

El capítulo tercero, llevado a cabo por M. Cisneros Cunchillos, F. Marco Simón, F. Pina Polo y J.L. Ramírez Sádaba, está consagrado a los pueblos cántabros antes de la conquista romana (pp. 49-99). F. Marco Simón y F. Pina Polo estudian las fuentes literarias, comenzando por señalar las dificultades, las limitaciones, que éstas presentan a la hora de conocer la conformación étnica prerromana. Asimismo, señalan cómo difícilmente los antiguos cántabros fueron conscientes de poseer una identidad unitaria, pues se encontraban divididos en grupos menores, asunto clave este para desmentir ciertos "mitos esencialistas" y que también explicaría la ausencia de una respuesta común al reto que les planteaba de la conquista romana. Por su parte, M. Cisneros Cunchillos se ocupa de la arqueología, realizando un pormenorizado estudio de asentamientos del Hierro II. Especialmente útiles resultan los cuadros sinópticos realizados por este autor sobre los asentamientos prerromanos en las páginas que cierran este capítulo, realizados a partir de las conocidas publicaciones de Bohigas, González Echegaray y Peralta. Finalmente, J.L. Ramírez Sádaba se centra en la antropología y la toponimia, señalando los diferentes estratos que se advierten desde la perspectiva lingüística, algo especialmente útil para la etnogénesis de los pueblos cántabros.

A. Morillo Cerdán, S. Perea Yébenes y J.L. Ramírez Sádaba estudian en el capítulo cuarto las llamadas Guerras Cántabras (pp. 101-131), sus causas, protagonistas, dinámica y la definitiva conquista de los pueblos cántabros. Sin duda estos diez años marcaron un hito no sólo para los cántabros y sus tierras, que verían perder su "autonomía bárbara", sino para la historia peninsular; pues no en balde estas guerras supusieron la definitiva integración del territorio peninsular en el Imperio y la consiguiente instauración de la *pax romana*, con todo lo que esta conllevaba; así como para la propia Roma, hasta hace poco enfrascada en luchas civiles y de liderazgo. Aunque es un asunto abundantemente estudiado, sin embargo los autores aportan ahora una exhaustiva información arqueológica.

El capítulo quinto (pp. 133-168), dedicado a la organización del territorio durante el dominio romano y a la propia romanización, corre a cargo de los coordinadores, a lo que se suma la labor de A. Morillo Cerdán con un valioso estudio de la implantación militar romana altoimperial. Comienza el capítulo con unas necesarias reflexiones sobre lo que debemos entender por "territorio cántabro", señalando los problemas que entraña esta terminología. Tras unas muy interesantes precisiones, por ejemplo optando por el concepto "frontier of inclusion" acuñado por Carrié como el más idóneo cuando de fronteras étnico-territoriales hablamos, los autores se posicionan: los cántabros no eran un Estado unitario, y en consecuencia tampoco presentaron una oposición unida a la conquista romana. Tras ésta, a decir de los autores, los cántabros conservaron gran parte de su ancestral organización indígena, no por una oposición pertinaz y cerrada, sino porque su propia condición periférica y marginal haría que los romanos sólo pusiesen los medios imprescindibles para el gobierno administrativo y militar; sin mostrar mayor interés en el empeño romanizador (si bien no hemos de olvidar que estos pueblos hubieron de arrastrar hasta la Antigüedad tardía el *topos* de *hostes domesciti*, sobre su barbarismo, acuñado en época augústea). Es una tesis, sobre la reducida romanización de los *cantabri*, que parecen corroborar los silencios de las fuentes literarias y, sobre todo, la arqueología. No obstante, sus tres focos principales de romanización —*lulobriga*, los *portus* y las vías de comunicación— son traídos a colación convenientemente en estas páginas. Especialmente interesante es la interpretación que aquí se hace de la famosa y problemática *Transduriana provincia* contenida en el Bronce de Bembibre.

Tras la organización del territorio, las modificaciones sociales que ello conllevara. F. Marco Simón, S. Perea Yébenes, J.L. Ramírez Sádaba y M. Salinas de Frías afrontan en el capítulo sexto las transformaciones sociales acaecidas en época imperial (pp. 169-189). En línea con la tesis del capítulo precedente, el profesor Perea destaca cómo el interés romano se limitó a la pacificación, siendo tan sólo la romanización una consecuencia subsiguiente y de reducida expansión, al menos en términos relativos con otros pueblos peninsulares. La presencia reducida de lo urbano —esencia de lo romano— en el antiguo territorio

cántabro así parece indicarlo. Sin embargo, como advierten M. Salinas de Frías y J.L. Ramírez Sádaba, junto al tradicionalismo se operó un cambio social innegable: la estructura social se modificó, pasando de articularse en torno a una aristocracia militar y pequeños propietarios, a estar compuesta por una aristocracia agraria —que participaría de la romanización— y campesinos y artesanos especializados, además un sector de mano de obra esclava, si bien en todo caso menos abundante que el presente en otras regiones peninsulares. Esta dualidad, la capacidad de conservar las estructuras étnicas prerromanas a la par que de integrarse en la *romanitas*, se advierte perfectamente en el campo religioso, estudiado por F. Marco Simón y J.L. Ramírez Sádaba. Por encima de la coexistencia y el sincretismo de cultos indígenas y romanos, es de notar, como hacen los autores, que fuera precisamente la integración en Roma la que facultara la emergencia de una cierta conciencia "interna", hasta entonces restringida a una visión literaria "externa".

El capítulo séptimo, a cargo de J.R. Aja Sánchez, está dedicado a Cantabria en la Antigüedad tardía (pp. 191-227). Junto con el que le sigue, centrado en el emplazamiento de Amaya, acaso deba considerarse un todo, de indudable interés en este monográfico. Tras unas oportunas reflexiones sobre lo que supone la Antigüedad tardía, el profesor Aja aborda en detalle las transformaciones que viviera la región, concretadas en tres aspectos: culminación de la romanización, proceso de cristianización y, finalmente, la muy significativa pérdida del corónimo *Cantabria*. Para estas temáticas la arqueología más reciente, si bien a menudo no aporta respuestas, plantea numerosos interrogantes y, fundamentalmente, cuestiona conclusiones que hace unas décadas aparecían como incontrovertibles. Este estudio recoge el estado de la cuestión, lo que es más de agradecer dado el carácter disperso de la documentación arqueológica, realizando también un encomiable esfuerzo de interpretación, muy especialmente para el período tardorromano. Más seguridades, aun relativas, se encuentran en la etapa visigótica, que supondría paradójicamente la plena romanización cántabra. Finalmente J.R. Aja se centra en los patrones de asentamiento y en la cristianización. A este último respecto, el autor enfatiza el carácter restringido de la cristianización cántabra en la tardoantigüedad, situando la eclosión del fenómeno en el siglo VIII, y cómo sería la definitiva cristianización-romanización la que comportase el fin definitivo de la dilatada vida histórica de las estructuras prerromanas.

J. Quintana López dedica al emplazamiento de Amaya el capítulo octavo (pp. 229-264). Estas páginas son tanto más oportunas si consideramos lo difundido del error; el mito historiográfico, que quiere ver en Amaya la capital de una Cantabria prerromana unificada. Concretar la vida del sitio burgalés es una necesidad de primer orden y sin embargo, paradójicamente, no sería hasta el año 2000 cuando se emprendieron investigaciones arqueológicas modernas, permitiendo así superar una visión que estaba anclada en las excavaciones decimonónicas. J. Quintana presenta aquí algunas conclusiones de sus excavaciones, a

la vez que las confronta, como no podía ser menos, con los datos aportados por las excavaciones precedentes, los depósitos en museos y la documentación literaria (en informaciones -por ejemplo el célebre *senatus* presente en la *Vita Aemiliani* o la *prouincia* enunciada por la *Chronica* del biclarensis- no siempre fáciles de interpretar); todo ello con el objeto no sólo de certificar la ocupación del sitio y sus características habitacionales, sino de contextualizarla con la propia del resto de yacimientos de la zona (principalmente la Cantabria meridional cismontana: el norte de las actuales provincias de Burgos y Palencia); todo ello con el fin de poder precisar sus funciones espaciales.

El último capítulo, el noveno, a cargo de C. Díez Herrera, se dedica a la Cantabria altomedieval (pp. 265-278), cuando las fuentes de fines del siglo VIII y comienzos del IX reflejan ya un territorio plenamente cristianizado e integrado en el reino astur. El autor se centra en la organización administrativa-territorial y en la ocupación del espacio. Respecto de ésta última, destaca cómo será el fruto de la interacción de la herencia romano-visigoda, la expansión del cristianismo y el papel del reino astur; en diferentes medidas según zonas. En todo caso, C. Díez Herrera plantea cómo será en este momento cuando

se rompa definitivamente cierta concepción unitaria que conllevaba la propia existencia de un corónimo: Cantabria. Hay que subrayar que el período, valioso *per se*, adquiere especial interés para los historiadores de la tardoantigüedad a la vista del éxito que en los últimos años están alcanzando lo que podría llamarse la tesis visigotista de la monarquía astur.

Finalmente, la monografía se cierra con una valiosa bibliografía (pp. 279-300) y unos útiles índices, de fuentes y onomástico, realizados por R. Campo Lastra y J. García Sánchez (pp. 301-313).

En suma, estamos ante una solvente monografía que se suma a la ya de por sí muy activa producción bibliográfica de los últimos tiempos sobre los cántabros y su territorio, y con un valor añadido en lo que toca a la actualización de la documentación, muy en especial la arqueológica, además de beneficiarse y aportar ella misma los avances metodológicos e historiográficos más recientes.

Pedro Castillo Maldonado